

LA EDAD INSTANTANEA

La manzana de Magritte

JUAN CUETO ALAS

NOS hicieron creer que esto era el País de las Maravillas. Los excesos de aquella brutal razón política que decretó la cuarentena de una esperanzadora racionalidad histórica explican sin demasiada justificación el imperio de los sinsentidos en el que aún estamos envueltos. Frente a las muy lógicas y terroríficas figuras del alucinado de El Pardo y del Ogro volador no tuvimos más remedio que oponer los muy absurdos y consoladores personajes de la Liebre de Marzo y del Sombrero chiflado. La respuesta a la tiranía de los matemáticos idiotas sólo podía ser la anarquía de los matemáticos locos. La implacable lógica del franquismo monstruoso produjo los sueños de la sinrazón y el patio cultural se pobló como por acaso de nihilistas, surrealistas, espiritualistas, satanistas y decadentistas.

COMO Lewis Carrol, nos liberábamos del reverendo Charles Lutwidge Dodgson practicando la vacación mental del sinsentido para triturar el insostenible monopolio del Sentido, que no otra cosa es la verdadera esencia de las dictaduras. Pero como hubiera dicho el imprescindible Alfredo Deaño, aquí no sólo practicamos el irracionalismo durante las vacaciones, sino también durante el curso. Elevamos por un tiempo lo exótico a la categoría de cotidiano y resulta que todavía enrojecemos cuando por una de esas humanas debilidades introducimos en nuestros folios y charlas retazos de la razón, la coherencia, la lucidez, la lógica, la ilusión, la sensatez y lo que, por lo visto, es más terrible: de la cordura.

SON las maravillas de este país, reconvertido por una de esas piruetas de eso que tal vez se llame Historia, en paraíso de la marginación. Aquel continuo trato —terapéutico— con las industrias de la evasión subjetiva ha conseguido transformar la fuga en ideología dominante y al huido, en héroe del mercado. Por eso, las más populares escenas de nuestra vida cotidiana semejan sospechosamente a los cuadros de una exposición de Magritte: el loco ha desplazado al razonador, el recluso al ciudadano libre, el minusválido al atleta, el chauvinista al hombre universal, la ortodoxia oriental a la ortodoxia occidental, el comentario al texto, el ágrafo al escritor, la nostalgia a la creación, el discípulo al filósofo, el dialecto a la lengua, la pegatina a la ideología, el "slogan" a las ideas, el envase al producto, el rollo al discurso, el pasota al activista, el salvaje al civilizado, el inconsciente al consciente, el sueño a la vigilia y la excepción a la regla.

QUE los teóricos del *ex* —del *no ser*— se ahorrén la cantinela explicativa. A estas alturas conocemos de memoria los argumentos y pormenores de esa especie de filosofía de bajura que practican con el sano propósito de seguir zafándose de la desprestigiada realidad. Incluso

compartimos buena parte de sus placeres vacacionales a condición, eso sí, de que no nos cuenten otra vez la película, que ya sabemos que el asesino es la *totalidad* dichosa y el compinche el *ser*, y que al final el *caos* y el *azar* salen triunfantes y se besan como Bogart y Bacall en los "happy-ends" de antaño.

SON los riesgos de la machaconería: el denostado sistema ha sido subrogado por la marginalidad. Lo que está en el poder —de la industria cultural— no es la *doxa*, sino la paradoja; no es la razón, sino la irracionalidad. El gran espectáculo consiste en ver a un funcionario del Estado demoliendo los molinos del Estado, o a los más cuerdos, lúcidos y brillantes intelectuales del cotarro escribiendo hermosos elogios de la locura, o a espléndidos usuarios del lenguaje clamando por la destrucción del mismo, o a los adversarios iracundos de la moral matrimonial tramitando sus divorcios con vistas al nuevo emparejamiento.

TENIA que suceder. Los excesos del exceso han conseguido lo inimaginable: conferir sentido al sinsentido. En nuestros cuartos de estar, junto al tresillo, el palcolor, la porcelana y la mesa camilla, hemos enmarcado las reproducciones de Magritte: aquellos soberbios atentados al sentido común. Y a fuerza de tanto dar la tabarra con la excepcionalidad, las queridas transgresiones se nos han convertido en aburridas tradiciones de andar por casa en rulos y zapatillas. Nuestro paisaje natural ya no es el que se ve por las ventanas del hogar, sino por las ventanas de Magritte, por los textos de Nietzsche, por los aforismos de Cioran y por el dialecto antropológico de Castaneda.

MUCHO me temo que lo verdaderamente subversivo en el país de la negatividad sea que un día, un cuerdo tenga la incalificable osadía de poner al revés todas las célebres escenas de la sinrazón y nos invite a una exposición en la que muestre los rostros desnudos de los señores de bombín que el surrealista había ocultado tras manzanas y palomas, y coloque la locomotora famosa encima de la chimenea a modo de regalo de Papá Noel, y haga reflejar en el espejo al muchacho sin sombrero que está delante de la edición francesa de "Las aventuras de Gordon Pyn", y nos demuestre que dos y dos son cuatro, y nos grite que sólo se trataba de un mazo de cartas, como al final de "Alicia".

SE intuye fácilmente la nueva moda del racionalismo. La había pronosticado el señor Russell: "La orgía de la irracionalidad acabará en última instancia fortaleciendo a los amigos de la razón". Porque ahora basta que un insensato cualquiera elimine la manzana de Magritte, para que se tambalee todo el edificio de la surrealidad. ■



RAIMAT

Gran
vino
de
mesa



Criado y embotellado en
las propias bodegas



Av. JOSE ANTONIO, 644 - Tel. 3014600 - BARCELONA-7